

# EMBOSCADA

Un thriller de acción de Max Cornell



ADRIÁN Y MIGUEL  

---

ARAGÓN

La vida del mercenario Maximilian Cornell da un giro radical cuando un desconocido deja un extraño mensaje en su puerta. Katty, la hija de quien había sido su querido mentor, desaparece misteriosamente en la ciudad de Hong Kong. Este hecho no se da aisladamente, sino que forma parte de una serie de crímenes y aparentes secuestros de estudiantes universitarias, que se vienen sucediendo en los últimos meses, sin despertar preocupación alguna por parte de las autoridades locales. Ante esta situación, Max no tendrá más opción que volver a la acción y trabajar duramente para sacar a la luz todo lo oculto detrás de estos oscuros episodios. Mujeres desaparecidas, estudiantes involucrados en cuestiones turbias, mafia china y grupos de mercenarios sin escrúpulos habitan las calles hostiles de Hong Kong en esta gran novela de Adrián y Miguel Aragón, que nos atrapa en una trama rodeada de misterio, acción y suspenso.

# EMBOSCADA

Adrián y Miguel Aragón

# Capítulo 1

Nadie llamaba nunca a la puerta. Porque no podían. El portero tenía instrucciones estrictas de no dejar pasar a los desconocidos. Instrucciones que cumplía con escrupulosidad británica. James, pues ese era el nombre del encargado de la portería, había servido en la Gran Guerra sin desobedecer una orden jamás. Se preciaba de haber sido un buen soldado entonces y de seguir siéndolo aún después de abandonar el ejército. Y por añadidura, Max le gustaba. Lo prefería por encima del matrimonio del segundo piso, una pareja pagada de sí misma que actuaba como si hubiesen dibujado uno a uno los retratos de la reina en sus billetes. También lo prefería por encima de la señorita de la planta primera, aunque ella fuera tan atractiva como una estrella de cine y tan discreta como una doncella. Una inquilina ejemplar, sin duda. James era un profesional y trataba a todos los propietarios con respeto. Pero reconocía en Max las huellas del ejército de Su Majestad. Los hombres que habían vestido uniforme no se libraban nunca del apresto. Él mismo lucía sus galas de portero con orgullo marcial, peinaba hacia atrás su pelo cano y se afeitaba cada día como si alguien fuese a pasar revista.

Maximilian Cornell jamás llamaba James a su portero. Lo llamaba «mi cabo» porque James había llegado a ese rango antes de que un tiro le inutilizara la mano izquierda. La herida lo relegó a retaguardia primero y a casa después. Para él fue un golpe. Le habría gustado servir hasta el último día. Max, por su parte, llegó a teniente a los 25 años,

pero se cuidaba mucho de airear esos detalles. De todas formas al excabo James le gustaba el exteniente Max. Así que cumplía sus instrucciones como si de verdad fueran órdenes y nunca dejaba pasar a los desconocidos. En cuanto a los conocidos, todos los que importaban vivían lo bastante lejos del distrito de Mayfair como para que dejarse caer por allí fuera una opción.

Sin embargo, alguien había golpeado la puerta. Tres golpes rápidos que reflejaban urgencia. La llamada no se repitió. Un hecho mucho más extraño de lo que parecía a simple vista.

Max leía a la luz del crepúsculo londinense. El apartamento en Mount Street era caro, pero podía permitírselo. Lo que no podía permitirse eran plantas bajas o segundos pisos a los que jamás llegaba el sol. La vida, sus propias decisiones, le habían deparado cuanta oscuridad podía soportar. Así que ahora buscaba luz. Habría sido más sencillo encontrarla en un país soleado, pero había crecido en Londres, allí se había forjado la personalidad del joven Max. Y aunque no quedase nada de la persona que una vez fuera, le gustaba recorrer los escenarios en los que había crecido. A veces se sentía como un fantasma, pero había descubierto que era mejor vagar por lugares a los que tenía aprecio verdadero.

Dejó el libro pulcramente cerrado sobre el sofá y se dirigió a la entrada. No guardaba armas en casa. No las necesitaba. Su entrenamiento militar y su conocimiento de las artes marciales, que cultivaba a diario, le convertían en un instrumento de precisión capaz de reducir a cualquier enemigo. Y al otro lado de la puerta debía de haber un enemigo. No cabía otra explicación.

La moqueta de color *beige* amortiguó el sonido de sus pasos, ya de por sí sigilosos. Se cuidó mucho de utilizar la mirilla. Por eso recurrió a la cámara que había instalado en su lugar. Jamás había creído que necesitaría usarla. Error. El monitor situado junto a la puerta del salón, a salvo de cual-

quier disparo que pudiera realizarse desde el descansillo, en el exterior, le devolvió un espacio vacío.

Quien hubiera llamado se había ido. Max abrió la puerta y encontró una nota adhesiva pegada bajo la cámara.

—¿Coordenadas?

Deseó gritar el nombre de la única persona capaz de colarse en un edificio residencial equipado con circuito cerrado de televisión sin el menor contratiempo, llamar a la puerta de un mercenario de élite, dejarle un *Post-it* en ella y largarse. Deseó gritar ese nombre y añadir un florido insulto. Pero Max no juraba y tampoco habría sido prudente perturbar el atardecer con el nombre de Nefilim.

\* \* \*

Las coordenadas escritas en el pedazo de papel amarillo condujeron a Max hasta el *White Horse*, un *pub* moderno en la planta baja de un edificio igualmente moderno en *Shoreditch*, al otro extremo de la ciudad. El diseñador había pintado de negro la fachada, sobre la que destacaban unas letras de aire victoriano en latón dorado. El interior tampoco defraudaba: sofás oscuros, panelado de madera que imitaba al ébano y una barra iluminada apenas por unos halógenos diminutos. Desde luego, Nefilim sabía cómo hacerle sentir incómodo. Afortunadamente se había preocupado de ubicar el lugar en internet antes de salir de casa, así que no destacó demasiado al abrir la puerta. Sí, era más alto que la mayoría de los presentes y sí, vestía mejor que todos ellos; pero al menos no había escogido un traje, sino un pantalón informal y una camisa que llevaba remangada bajo los codos. Pidió una pinta rubia al camarero, que le sirvió la más cara, e ignoró al grupo de universitarias que había comenzado a cotorrear desde que entrara. Por supuesto, los hombres del local se pusieron a la defen-

siva. Un ambiente perfectamente hostil para un encuentro inesperado.

Uno de los parroquianos salió de las sombras. Los músculos de Max se tensaron bajo la camisa, pero no hizo ningún movimiento evidente. Se sirvió de su visión periférica y del panorama deforme que se reflejaba en el surtidor de cerveza para vigilar los avances del desconocido. Como la mayoría de los presentes vestía de oscuro, pero se tocaba con un sombrero tipo Fedora y se ocultaba tras unas gafas de sol del todo innecesarias en aquel local donde la poca luz de la ciudad no se dignaba a atravesar las cristaleras tintadas. Cuatro chicos que habían estado discutiendo, animados, callaron de repente. Las chicas detuvieron sus risitas. Había algo inquietante en aquel hombre y Max no era el único en percibirlo. Abrió y cerró los dedos de la mano izquierda mientras alzaba la pinta con la derecha. Se giró para encarar a su oponente y se encontró con una dentadura tan blanca que casi relucía en aquel antro.

—¿Nefilim? ¿Qué haces vestido de Elton John?

Su amigo indicó al barman que subiera la música y se acomodó en un taburete junto a Max. En pocos segundos el *pub* se llenó de los acordes de alguna canción de moda que Max no era capaz de reconocer y Nefilim acercó su asiento al de su amigo. Todavía sonreía.

—Juraría que se te ha erizado el espinazo, como a los gatos. Veo que no has perdido práctica.

—Hace tiempo que no sé de la agencia, pero eso no significa que haya permanecido ocioso.

—De hecho —Nefilim no podía ocultar su satisfacción mientras hablaba— has permanecido absolutamente ocioso. No has hecho nada desde el último trabajo. Y lo entiendo, créeme. Por eso me alegra que sigas en forma. Lo que no me hace ninguna gracia es que intentes engañarme.

—No intento engañarte.

Max dio un trago a su cerveza. Uno muy largo y muy lento. Mientras lo hacía examinaba a su contacto por enci-

ma del borde del vaso. Los cuatro muchachos habían vuelto a su conversación y las estudiantes a su minucioso análisis de Maximilian. Detestaba sentirse como un objeto. Entornó los párpados antes de seguir hablando. La música tampoco ayudaba a que se relajara.

—Me has sacado de mi casa para decirme que me espías. De acuerdo. Entonces sabrás que he estado ocupado en un asunto que ambos conocemos. No, no trabajo para nadie. Los dos sabemos también que no lo necesito. La SCLI siempre me pagó bien. Tú te ocupabas de eso.

—Hablando de la agencia, ¿no te interesa saber a qué nos dedicamos?

Max negó con la cabeza. No iba a molestarse en contestar a una pregunta para la que no hacía falta más respuesta.

—Pues a nosotros sí nos interesas tú. De hecho, te necesitamos, Max. Ha ocurrido algo...

Max no quería seguir escuchando. Se centró en la letra de la cancioncilla absurda que sonaba a todo volumen, pero el sistema de sonido era de una calidad tan mala que no había manera de distinguir unas palabras de otras. Se abrió la puerta del local y entró una pareja. Dos chicos cortados por el mismo patrón que todos los que había dentro, incluido Nefilim. Como si quisieran fundirse con las paredes del *pub*. Hicieron un gesto al camarero, que asintió. Debían de ser habituales.

—Ya sabes lo que voy a contestarte, así que no tiene mucho sentido que empieces una historia que no vas a terminar.

—Déjame empezar al menos —Nefilim ya no sonreía—. Por los viejos tiempos.

—Viejos no significa buenos.

—Es en Hong Kong.

—No me interesa Hong Kong. Ni me interesaría Oriente Medio, ni América del Sur. Ya conozco todos esos lugares. He viajado mucho. No te entiendo, Nefilim. Creí que las co-



sas habían quedado claras. No —Max sacudió la cabeza, como si quisiera apartar un mosquito que revoloteara delante de sus ojos, o un espíritu que anidara en su interior—. No quiero saber nada de Hong Kong.

—Están desapareciendo chicas. Muchas chicas. Universitarias. Como esas de ahí. Seguro que te has fijado.

Nefilim las señaló sin ningún disimulo y, aunque el sonido infernal de la música ahogó sus voces, Max vio sus gestos. Si hubiera habido un poco más de luz, seguramente habría percibido cómo se ruborizaban. Niñas estúpidas que se creían que lo sabían todo, que actuaban como si estuvieran de vuelta pero que se les enrojecía hasta la raíz del pelo si dos desconocidos se fijaban en ellas. Las chicas juntaron sus cabezas. Debían de estar decidiendo a cuál de ellas señalaban esos hombres en realidad.

—Desaparecen y nadie lo denuncia. Todavía no sabemos por qué. China no se caracteriza por cuidar de sus mujeres, pero la escala de estas desapariciones es superior a cualquier tipo de actuación organizada con la que nos hayamos enfrentado antes.

—Te he dicho que no. —El único motivo por el que Max estaba tan nervioso como las chiquillas a las que aparentaba despreciar era que sabía que Nefilim lo manipulaba. La agencia conocía a sus agentes y conocía a sus mercenarios. Tests, pruebas, cuestionarios... Cuando Max los había pasado no estaba en su mejor momento, no se cubrió lo suficiente. La muerte de Arcángel le había hecho bajar sus defensas y en aquel momento todavía no lo había superado. Por eso les dio mucha más información de la que le habrían sonsacado en circunstancias normales. Y Nefilim se aprovechaba de ello.

Pero Max no iba a permitírselo. Se levantó con tanta fuerza que el taburete de madera sobre el que estaba sentado se cayó. La música, por supuesto, amortiguó el sonido. Sacó unos pocos billetes del bolsillo. Los llevaba sujetos con un clip de acero. Las chicas miraron el taburete caí-

do, el dinero impecablemente doblado y los músculos de Max bajo la camisa. No hubo risas, sino una admiración generalizada que se extendió al grupo de muchachos vecino. Los únicos que no se enteraron de que Max estaba intentando pagar la cuenta fueron los dos chicos gais del fondo.

—Te pagaremos bien, Max.

—Esto son billetes de cien. No me hace falta vuestro dinero. Y no sé qué me ofende más, que me lo ofrezcas o que lo hagas sabiendo que lo voy a rechazar.

Nefilim dudó antes de decir la verdad. Max lo notó en un ligero temblor de la sonrisa, que no había borrado del todo de aquella cara de comercial. Comercial antiterrorista de altos vuelos, pero comercial. O especialista en recursos humanos. De todas formas la agencia no le habría dado un despacho, puesto que tampoco tenía oficinas. Él solo se dedicaba a reclutar a los mejores. Como un *head hunter* que buscara especialistas en desestabilizar redes mafiosas y grupos armados.

—Es Katty, Max.

Max no le oyó, así que Nefilim se levantó también, con un movimiento más medido, y acercó su boca a la oreja del mercenario.

—Es Katty, Max. También ha desaparecido.

Max se aferró a la barra. No porque fuera a caerse, sino porque temía que, de no hacerlo, no sería capaz de contener la furia. Nefilim le había arrastrado hasta un agujero más oscuro que el cráter de un volcán apagado, le había mareado con datos periféricos, le había ofendido ofreciéndole dinero y, solo cuando por fin estaba a punto de perderlo, le había dicho la verdad.

—¿La hija de Arcángel? ¿Estás aquí perdiendo el tiempo cuando la hija de Arcángel está desaparecida?

La sonrisa de Nefilim por fin había desaparecido, pero Max sospechaba que en realidad seguía sonriendo en su interior. El muy canalla había jugado bien sus cartas: lo había puesto alerta con el ambiente del local, le había mostrado

a las frágiles víctimas, le había hecho tensarse como una cuerda de violín y por fin había soltado la bomba.

—Vamos, te daré todos los detalles.

## Capítulo 2

Trataba de recordar el rostro de Mei mientras accedía al servidor de correo que ella misma había habilitado en el abismo más oscuro de la internet profunda. Podía repetir los rasgos que componían su rostro: el pelo oscuro y muy liso, los ojos negros, apenas rasgados, la nariz pequeña, como un botón, y los labios de seda, siempre brillantes por el bálsamo. Sin embargo todas esas características no le devolvían una imagen clara, sino una mezcla de sentimientos. Hacía demasiado que no la veía. No se daba cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo hasta que circunstancias como aquella se lo recordaban sin piedad.

Max confiaba en Mei, en su inmensa capacidad para moverse entre cables, circuitos y tecnología avanzada. Asociaba la figura menuda de su compañera oriental a momentos de tensión y a necesidad de información. Ella había sido la única mujer que había accedido al entrenamiento que todos recordaban como Averno. Y lo había hecho por méritos propios. Unos nervios de acero y una capacidad de análisis que el propio Max envidiaba eran sus rasgos principales. Pero eso no debía engañar a nadie. Su fortaleza física igualaba a la de sus compañeros masculinos a pesar de su aspecto delicado. Por eso el grupo nunca dudaba a la hora de ponerse en sus manos. Mediante sistemas de localización y sensores que solo ella manejaba con soltura, los había guiado a través de los parajes más hostiles. Y siempre los había sacado de ellos con vida. Las selvas sudamericanas, los desiertos africanos y alguna misión bajo el agua no

habían sido capaces de derrotar su ingenio ni de dejarla sin recursos.

El sistema de encriptación de correo que Mei había configurado para sus comunicaciones internas no se llevaba bien con el *hardware* de Max, así que establecer una conexión segura le llevó más tiempo del que había deseado. Dejó al equipo pensado en el salón y se acercó a la cocina, donde el hervidor de té le avisaba de que ya podía verter el agua caliente sobre su infusión predilecta. No podía evitar ser mucho más inglés que americano, aunque su herencia se dividiera al 50% entre ambos países. Cuando se permitía bromear solía decir que Inglaterra representaba el imperio y América las colonias. Algunos de sus interlocutores, sobre todo si eran estadounidenses, no lo llevaban del todo bien.

La cocina estaba dominada por un gran ventanal desde el que entraba el sol de la mañana. A lo lejos se veían las copas de los árboles más altos de Hyde Park. No tardaría en echar de menos el césped siempre verde y hasta los gritos emocionados de los turistas.

Cuando volvió al salón la pantalla de su portátil le reservaba una pequeña sorpresa: no se había conectado al correo, pero Mei le había dejado una nota en el escritorio. Le esperaba en Hong Kong. Él sabía dónde. El cuadro de diálogo desapareció de la pantalla en cuanto él pulsó una tecla cualquiera.

—Cada vez nos parecemos más a esos mercenarios del cine, Mei. Nos estamos convirtiendo en caricaturas de nosotros mismos.

Y, aunque el motivo por el que iba a verse con ella no era precisamente feliz, sí deseaba mirarla a la cara una vez más. Así ella se convertiría en una persona de nuevo y quizá eso le devolviera a él una parte de su humanidad.

Ponerse en contacto con Dylan resultó mucho más sencillo. Una llamada perdida que el otro contestó enseguida,

una conversación corta, sin compromisos, y la promesa de verse esa misma semana.

A Adam no pudo encontrarle. Su mejor amigo se preciaba de ser el mejor espía vivo del planeta, así que Max tuvo que conformarse con dejar la información convenientemente dispersa en puntos estratégicos. Adam la encontraría, montaría el puzle y se reuniría con los demás.

Para el final de la mañana Max había descubierto dos cosas: que el té se le había quedado frío sobre la mesa baja del comedor y que reunir un comando de operaciones no se olvidaba nunca.

—Como montar en bicicleta —se dijo—. Pero mucho menos inocente y mucho más mortífero.

Esa noche se acostó pensando en lo que siempre había querido ser cuando era pequeño: un servidor de su patria, un hombre en el que los ciudadanos de su país pudiesen confiar. Un adalid del bien. Sin embargo había pasado por el Averno y eso lo había convertido en el hombre adulto que era ahora: un mercenario que vendía sus servicios al mejor postor. Aunque en esa ocasión no trabajaba por dinero, sino por lealtad. No podía dejar que Katty desapareciera sin más. Katty no. La hija de Arcángel, no.

Su vuelo de British Airways salía a las 20:40 del aeropuerto de Heathrow. Imaginaba que la casualidad no habría querido que Dylan o Adam tomaran el mismo avión que él, pero de todos modos se mantuvo alerta. Cada vez que veía a un hombre solitario al que le faltara la compañía de un maletín negro se fijaba por si se tratara de alguno de sus amigos. Los hombres de negocios parecían vestir uniformes: trajes discretos, zapatos brillantes pero cómodos, maletín oscuro.

Max se miró en el reflejo de un escaparate de Whittard. Su parecido con ellos era meramente superficial. Él nunca llevaba corbata y su calzado destacaba por la calidad de la piel. Además, su chaqueta de corte impecable no lucía ni una sola arruga. La dependienta de la tienda de café y té

más conocida de Inglaterra le miraba apreciativamente. Max se marchó en dirección a su puerta de embarque. Compró una novela ligera. Si no quería dormirse durante el vuelo debía mantenerse entretenido. Aterrizaría a las cinco de la tarde del día siguiente, tras doce horas.

Acudió a la llamada de los pasajeros que viajaban en clase Business con la mitad de su atención puesta en el mundo exterior y la otra mitad preparándose para entrar en uno de los estados de semiconciencia que Arcángel les había enseñado a provocar. Se trataba de un estado de meditación profunda similar al utilizado por los monjes budistas más avanzados. A Max le había costado una gran cantidad de tiempo dominarlo.

—No le entiendo, Arcángel. ¿Cómo es posible que la ausencia de conciencia me ayude a ser más consciente?

Pero su mentor solo le contestaba con acertijos incomprensibles.

—Nada de lo que ves existe con mayor entidad que aquello que no percibes con tus sentidos. Debes deshacerte de tu percepción de la realidad para percibirla tal y como es. Desnuda, sin disfraces.

En ocasiones Max pensaba que habría preferido no desprenderse de sus antiguas creencias acerca del mundo. Otras, agradecía las enseñanzas de Arcángel. La mayoría de las veces Max pensaba, con total honestidad, que saber era mejor que ignorar.

Se sentó en su asiento, que mantuvo en posición rigurosamente vertical y esperó a que el aparato se pusiera en movimiento y las auxiliares de vuelo pasaran por el suplicio de dar las instrucciones de seguridad. Nunca nadie en el mundo ha repetido algo tantas veces para que, de todos modos, ni un solo pasajero prestara atención. Cuando el espectáculo terminó Max se aseguró de ser el primero en solicitar los servicios de una auxiliar.

—Por favor, no me sirva comida, ni me ofrezca bebidas. Necesito que nadie me moleste durante el vuelo. Tampoco